



24-5-2023

CONCURSO DE RELATOS

El valor de las cosas



Píñanos

El valor de las cosas

Don Juan recordaba el periplo de sus destinos por toda la geografía española con un cariño especial su pase por Valencia, la vivienda cercana al río y frente al jardín de las sombras de los ficus y las risas infantiles, una ciudad grande en que los barrios característicos se fundían y se pasaba de uno a otro sin la sensación de ser un extraño a la comunidad acogedora en la que tuvo tantos amigos. Recordaba especialmente a Carla, la asistenta que ayudaba en las tareas de la casa y durante las vacaciones llevaba a su hijo, Pablito, un niño despierto y sonriente que iba a una escuela pública y al que le costaba aprender la aritmética; después de que él y su hijo jugaran un rato les sentaba en la mesa, les ayudaba a entender la magia de los números y terminaban hablando de las cosas de escuela, de los niños que copiaban los deberes y al final del curso fracasaban en los exámenes y aquellos que habían cumplido con sus obligaciones y conseguían el aprobado se burlarían de ellos de ellos. No, no debían hacerlo, por dignidad, por respeto hacia sí mismos.

El Coronel Fernández de Cárdenas pateó oficinas y despachos hasta conseguirle una beca para cursar el bachillerato en un colegio. Al producirse su traslado hubo algunas cartas, después alguna postal, finalmente el silencio que no borró el afectuoso recuerdo en algún rincón de la memoria...

Gabriel, su propio hijo, era demasiado inquieto y alegre para centrarse en los libros; pero consiguió que hiciera un peritaje con el que, entonces, creyó que ya tenía el porvenir asegurado.

Su último destino, en Madrid, era un regreso al pasado en que vivió su infancia y, como suele suceder, surgió el problema del alojamiento que siempre habían previsto. Con su sentido del ahorro y la moderación de las costumbres habían guardado lo suficiente para afrontar la compra de un piso, bastante bien situado, tres habitaciones y un salón comedor en que distribuyeron los muebles destacando los antiguos y heredados que fueron joyas de la familia. Entre ellos estaba el piano; El piano adornó la casa paterna y fue su madre quien le enseñó a tocarlo; sus manos saltaban sobre el teclado como mariposas y sus dedos lo acariciaban con la ternura de la brisa rozando los pétalos de las flores. Ni la meditación ni la lectura le satisfacían tanto como los arpegios que brotaban de sus encontrados sentimientos, a veces tenues sonidos, otras alaridos del alma.

El valor de las cosas

Joven se sentía el Coronel González de Cárdenas para pasar a la reserva; le costaba asumir que aquella cena homenaje de despedida fuera la suya y aguardaba al siguiente día como el centinela que percibe algún peligro escondido. Porque el coronel sintió que sus estrellas se apagarían en la oscuridad de los armarios y sus galones se convertirían en juncos vencidos por la tormenta; otras ropas vestirían su cuerpo arrancándole el uniforme que había sido su propia piel. En adelante se oiría llamar Don Juan con más frecuencia que mi Coronel y la vida le obligaba a enfrentarse en una guerra contra sí mismo en la que no hubiese querido participar y necesitaría de muchos amaneceres sin la campanilla del despertador para que sus ojos se abrían al vacío de las horas que iban que vendrían.

Se habitó a salir con Gabriela por las mañanas, acompañarla en sus compras, compartir un aperitivo...Concertaba encuentros con los compañeros que seguían siendo sus amigos, y estaban orgullosos de aquel hijo que fue mal estudiante y ahora era buen trabajador que ocupaba un alto puesto en una empresa de ordenadores. Su mujer, Pilarina, era cariñosa y educada y ambos les habían dado una forma de felicidad desconocida con la llegada de sus nietas. Como padres compatibilizaban el cariño con la necesaria disciplina; como abuelos el amor no tenía limitaciones.

La primera y única vez que se enfrentó con Gabriel y Pilarina fue cuando ambos decidieron que querían ser autónomos; montarían su propia tienda y con los conocimientos que tenían y la simpatía que les caracterizaba el éxito parecía asegurado. Don Juan se alteró por la noticia; el proyecto le parecía temprano e inoportuno: Aún no habían pagado el piso y perder la seguridad de los sueldos era una temeridad cuando los gastos de arrendamiento y suministros, los compromisos económicos con proveedores, las dificultades de los comienzos...Sería mejor esperar un poco, conseguir algún ahorro para afrontar al menos una parte del costo de las instalaciones...

Las reflexiones no tuvieron la esperada respuesta; Gabriel y Pilarina no compartían sus temores y era tal el entusiasmo que no hubo argumento alguno que les convenciera. Buscaron una planta baja, solicitaron el material y abrieron las puertas un cinco de septiembre ofreciendo un pequeño refrigerio a todos los que se acercaran por allí.

El valor de las cosas

Durante los primeros meses apenas entraban escolares a ver si les arreglaban sus tabletas; después empezaron a vender, pero no pudiendo ofrecer la totalidad de marcas y modelos su oferta era limitada y los potenciales clientes declinaban. Recurrieron a sacar fotocopias y material de escritorio y aún masaron meses hasta que los primeros ordenadores se vendieran aunque el balance del primer año fue totalmente negativo; así ocurrió en el segundo y se repitió en el tercero en el que ya estaban tan endeudados que se plantearon que al menos uno de ellos recuperase su antiguo empleo; pero la marcha repentina había generado rencores y ambos fueron rechazados. Peregrinaron por toda la ciudad, llamaron a todas las puertas; la situación no era buena, el país estaba en una crisis económica y en vez de contratar se reducían las plantillas. Jamás comentaron ante los padres sus problemas, sonreían, disimulaban, las cosas mejorarían con el tiempo...

No pudiendo hacer frente a las obligaciones las casas suministradores les retiraron el material, sin ingresos no podían hacer frente a la amortización de los préstamos y se presentaron las primeras demandas judiciales por impagos. Llevaban meses sin pagar la cuota hipotecaria sobre la vivienda, los intereses de demora la habían duplicado y al atender a los requerimientos se había producido el embargo: Solo quedaban nueve días para el lanzamiento y se veían en la calle con las dos niñas pequeñas.

Era el anochecer cuando llamaron a Don Juan para decirle que necesitaban reunirse con él. Ellos, que podían entrar y salir de su casa, no necesitaban de un aviso previo y por tanto tenía que tratarse de algo serio y de suma gravedad. Oyó sus palabras balbuceantes, angustiosas, sinceras por primera vez después de un largo periodo de silencios...D. Juan temía que el cúmulo de reproches que almacenaba su garganta afloraría si se atrevía a hablar. Se levantó despacio y dio varias vueltas en la habitación. Después volvió a sentarse y preguntó.

—¿Cuánto debéis?

La respuesta era desalentadora; él jamás podría asumir el pago de tan alta cantidad ni tenía medios a su alcance para resolver el problema planteado.

—Bien —les dijo—. Dadme un par de días y veré lo que se puede hacer.

El valor de las cosas

Una noche de insomnio; de luces que se apagaban y encendían; de idas y venidas al cuarto de baño y la cocina, de llantos de Gabriela y suspiros de Don Juan. El amanecer les recibió con dos grandes manchas blancas alrededor de las pupilas.

—Todo lo que tenemos es esta casa —le dijo a su esposa—. Si la vendemos tal vez podamos pagar la deuda de los hijos. Buscaremos otra con un alquiler asequible.

A primera hora acudió a varias inmobiliarias para averiguar el valor de su vivienda en el mercado y la información fue bastante coincidente pero, con la recesión económica, el incremento del paro y las restricciones en los créditos sería muy difícil de vender y necesitarían armarse de paciencia y resignarse a lo que alguien quisiera darles por ella. En cuanto a los alquileres asequibles solo pensar en alguna marginal y en el extrarradio

Lo que pudieran sacar era menos importante que la urgencia; no podían arriesgarse a que las semanas y los meses pasaran porque el tiempo corría en contra suya y solo quedaba la esperanza de que les concediese una hipoteca.

El siguiente día se personó en el banco. No podía ver al director porque estaba ausente. Era difícil concertar una cita porque tenía muchos compromisos concertados. El empleado se prestó a ayudarle y en cuanto le dijo que se trataba de solicitar un crédito frunció el ceño y como forma para echarle de allí le tendió amablemente la mano. La economía estaba en crisis y la política bancaria no pasaba por su mejor momento.

Regresó al día siguiente. Y al otro. El tercero, como los anteriores, se dirigió al secretario: Necesitaba ver al director y no se iría allí hasta conseguirlo. Esperaría el tiempo que hiciera falta, tal vez encontrara un hueco... Al cabo de una hora pasó junto a un hombre alto, con gafas y escaso pelo que parecía muy apresurado y, sin embargo, al verle se detuvo.

—Perdone que le pregunte... ¿No es usted el Coronel González de Cárdenas?

—Sí. Juan González de Cárdenas.

El desconocido parecía visiblemente emocionado.

El valor de las cosas

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible? ¡Don Juan! ¡Cuántas veces me he acordado de usted.

—Lamento que flaquee mi memoria... tal vez pueda salir de la confusión en que me encuentro.

Aquel rostro desconocido era toda una sonrisa y en los ojos liberados de cristales brillaba una lágrima. Tendió la mano hasta el antebrazo de don Juan y lo rodeó con sus dedos.

—Soy Pablo Sánchez, don Juan, Pablito, el niño al que usted enseñaba la aritmética y gracias a usted pudo hacer el bachiller... Pablito, el hijo de su asistenta... Han pasado muchos años y es lógico que no me recuerde pero usted está igual que en mi memoria y le hubiera identificado en cualquier lugar.

—¡Pablito! ¡Por Dios bendito! ¡Quién iba a decirme que te volvería a ver! ¡No sabes cuantas veces he pensado en lo que habría sido de ti. ¿Cómo está tu madre?

—Falleció hace unos años; pero jamás olvidó a su familia ni a usted. Son penalidades que te trae la vida... ¿Qué le trae por aquí, don Juan?

—Precisamente eso, las penalidades. Llevo tres días intentando hablar con el director y parece que no es posible...

Pablo se echó a reír; era una risa tenue anegada de ternura.

—Nada es imposible para usted Don Juan. Por favor, acompáñeme.

Le empujó suavemente hacia esa zona que creyó vedada, hasta ese despacho en cuya puerta había un rótulo que ponía "Director", la cerró tras ellos, le invitó a acomodarse en una butaca y él mismo preparó dos tazos de café humeando que quedaron sobre el velador.

—¿Esto es lo que parece, Pablo? ¿Es este tu despacho? ¿Eres el director?

—Así es don Juan; empecé como un simple auxiliar; he trabajado mucho y muchas horas para llegar a esta meta que no todos alcanzan y, humildemente, me siento satisfecho de haberlo conseguido. Cuénteme, Don Juan... Cuénteme... ¿Cómo está la familia?

Y don Juan le contó cómo estaba la familia ante los primeros achaques de la edad y la energía de las adoradas nietas; Gabriel... Gabriel era el

El valor de las cosas

problema, un buen hijo como pocos, trabajador y buena persona pero el salto generacional ya se sabe... cada uno tiene sus criterios, sus puntos de vista, la experiencia y la cautela chocan contra la intrepidez y las expectativas y a veces las cosas salen bien, aunque no era ese su caso... las cosas no le habían ido bien, su pequeño negocio se había ido a pique y estaba a punto de que le desalojaran...

Le habló como si estuviera solo y expresara en voz alta sus pensamientos. El despacho tenía grandes ventanales sobre un patio interior desolado y solo se oía el canto de un pajarillo nacido para volar y cuyas alas apenas podían moverse en la jaula que le tenía prisionero. Él también era prisionero, los grilletes que le impedían moverse nacían del amor pero pesaban como el hierro. Las posibilidades de vender inmediatamente su casa eran nulas y había pensado en hipotecarla para salvar la de su hijo.

Pablo le había escuchado atentamente; apenas levantaba la mirada del suelo y entrelazaba los puños apretándolos hasta hacer que los nudillos palidieceran.

—¿Y dónde van a vivir si venden el piso para salvar el de Gabriel??

Don Juan González de Cárdenas bajó los ojos hasta sus propias manos unidas, retorció los dedos y una tosecilla le aclaró la voz.

—El porvenir para nosotros es un recorrido breve; siempre habrá una forma de atravesarlo

Pablo enderezó la espalda y apoyó los brazos en la butaca.

—Entiendo que el mundo de las finanzas le es ajeno y sería conveniente que analizásemos todos los aspectos de la situación pero no creo que sea necesario de un bien que cuando se supere esta recesión recuperará su valor en el mercado; tampoco es preciso que Gabriel le dé un adiós definitivo a la suya. Según me dice quedan solo tres días para que se celebre la subasta del inmueble y ahí sí que podemos intervenir; la relación entre los habituales postores suele someterse a pactos previos que se establecen entre ellos y si mi banco concurre podemos conseguir ser el único postor y que nos la adjudiquen por el precio de salida. Como es habitual en estos casos, pasado un tiempo también nosotros la subastaríamos, personalmente me ocuparé de que no acuda nadie y entonces recurriremos a la venta directa a algún testaferro de Gabriel para que su nombre no aparezca.

El valor de las cosas

—Algo así como una estafa porque el banco no cobrará lo que se le debe... y lo que me pides es que sea cómplice del engaño...

—Digamos que se trata de una maniobra financiera como tantas en las que nos metemos. Tal vez me he expresado mal, pero no pretendo ofenderle, sino devolverle algo que tanto como usted me dio...

Don Juan estaba mucho más sereno que los días anteriores; había recobrado la paz interior y su mente estaba tan clara como un amanecer...

—No se ha expresado mal, al contrario, ahora tengo las cosas mucho más claras. Hay que saber cuándo se gana y cuándo se pierde y en ambos casos respetar al enemigo.

—Nadie tiene por qué saberlo; quedará entre nosotros.

Don Juan levantó la cabeza y le miró de frente. -

—¿Qué le hace suponer que eso me importa? No, Pablo, no. De ningún modo quiero esa clase de favores que atentan a mis principios. No quiero mentir ni defraudar a nadie. No pertenezco a ese mundo y la sola idea de trampear y engañar me repugna.

—Don Juan, por favor, no quiero que esto termine así... le debo mucho...

—No joven; no me debe nada y yo tampoco quiero deberle a usted.

Don Juan se levantó despacio como si la vorágine de los pensamientos se hubieran enrollado en la musculatura y le impidieran desenvolverse.

—Es que me siento fatal... no sé en qué me he equivocado...

—Ese es su problema, el problema que no se resuelve con la aritmética que le enseñé.

El sol brillaba en todo lo alto; los veladores estaban llenos de gente y los comercios se disponían a cerrar; de repente no tenía prisa; podía pasar por un establecimiento cercano a la Gran Vía en que el encargado le atendió. Empezó el camino de regreso, no hacia su casa sino a la de Gabriel.

—¿Qué ha pasado en el banco, papá? ¿Tienes novedades?

El valor de las cosas

—Ha sido una visita muy constructiva hijo, me ha servido para rendirme a la evidencia y desdramatizar la situación. Tengo una propuesta para vosotros.

—Tú dirás.

—Somos una familia y hemos de estar juntos en las buenas y en las malas. No tenéis dinero, ni trabajo, ni contamos con otros ingresos que los de mi pensión que al menos nos darán de comer a todos. El embargo de vuestra casa es inevitable pero os vendréis a la nuestra, bastará con que nos desprendamos de algunos muebles. El país saldrá de esta crisis y no tengo la menor duda de que conseguiréis un empleo y seréis capaz de manteneros solos.

Don Juan González de Cárdenas vio que dos hilos de agua brotaban de las pupilas de su hijo y las manos temblorosas se aferraban a las suyas.

Gabriel dio un paso atrás.

—Sé que algo ha salido mal pero lo importante es que siempre estáis cuando os necesito. La casa es pequeña y como cuatro personas...

—¡Faltaría más que tantas cosas viejas que almacenamos ocupen el espacio que mis hijos y mis nietas necesitan... Preparadlo todo y avisad a las mudanzas, cuando llegue el día no quiero que estéis aquí...Y ahora he de irme porque tu madre protestará si llego tarde a comer...

Doña Gabriela se enteró de todo lo que había pasado; una decepción más con las persona no iba a amargarles la vida, su hijo volvería a casa, todo sería como empezar de nuevo y ya imaginaba las risas de las niñas por las habitaciones.

—Tú sabes lo que pasará después... Aunque encuentren otro trabajo tardarán mucho tiempo en poder tener su propia vivienda y las niñas crecerán y necesitarán más espacio...

—Cuando llegue ese momento y si aún estamos aquí se lo daremos; buscaremos una residencia, no tendrás que preocuparte ni de la limpieza ni de la compra, nos atenderán si estamos enfermos...

Doña Gabriela le miró con dulzura y tomo sus manos entre las suyas.

—¡Quién nos lo iba a decir! A cuantas pequeñas cosas renunciamos para tener un ahorro, comprar nuestra propia casa y no recurrir a esos

El valor de las cosas

asilos que ahora llaman residencias donde se espera a la muerte sin otra compañía que la soledad...

—Eso no ocurrirá mientras nos tengamos el uno al otro y, sinceramente, con la familia que tenemos, no creo que estemos tan solos como imaginamos., Y ahora, si me permites, voy a tocar por última vez mi piano.

Las primeras notas de El Lago de Como, se expandieron por toda la casa y traspasaron los cristales; era su pieza favorita, la que su madre interpretaba cuando se le resistía el sueño... que siempre le pedía en los cumpleaños...

El sol lucía en todo lo alto; algún peatón acortaba el paso o se detenía para oírle. La música hablaba a las personas, a los árboles y a los pájaros de la belleza de las sonrisas.